dose, pues había caído al suelo por la violencia del golpe y no por estar herido. La divina Providencia ha salvado mi vida, y las reliquias del bendito san Genaro, que llevo siempre sobre mi pecho, han embotado el puñal del asesino.

— ¡ Ah! ¡ el infame lleva una cota de malla! murmuró Peppino, dirigiendo á su padre una mirada de amargo sentimiento.

Juana Duras no encontraba expresiones con que manifestar su júbilo, y en medio de su delirio hubiérase arrojado al cuello de su amante en presencia de todo el pueblo, si el gran protonotario que iba á su izquierda, no la hubiese contenido con una mirada.

Después éste, acercándose á Pandolfello, le dijo:

— Monseñor puede indicar el género de muerte que ha de sufrir ese infeliz. Ahorcado, degollado, quemado, descuartizado vivo ; vuestra voluntad en este caso será una ley.

— Gracias, mi noble señor, pero la muerte de ese villano me es completamente inútil. Que se le encierre en un calabozo por toda su vida; me parece que es suficiente.

Y Pandolfello, al concluir estas palabras, se dirigió á Juana para darla gracias por su solicitud con una tierna mirada que acabó de perder la poca razón de la pobre mujer.

La comitiva volvió á continuar su marcha. Por lo que hace al populacho había acudido á ver una fiesta y asistía á una tragedia. Eran dos espectáculos en uno; así es que gritaba con todas sus fuerzas.

— ¡ Viva la regente ?

— ¡ Viva el gran chambellán !

— ¡ Viva san Genaro!

— ¡ Vivan sus reliquias !

CAPÍTULO IV

El rey Ladislao

Al día siguiente del que tenían lugar estos sucesos, Pandolfello Alopo respiraba el aire puro de la mañana en uno de los terrados del palacio, medio echado en unos cojines de terciopelo carmesí, con los ojos cerrados y con su hermosa cabeza apoyada sobre las rodillas de la interesante Juana Duras.

Serían las ocho de la mañana: una ligera y perfumada brisa, con que nadie se hubiera atrevido á contar el día anterior, movía y hacía ondular suavemente los cabellos del favorito. Una ancha y profunda calle de jazmines formando una sombria bóveda con sus entrelazadas ramas, preservaba á la princesa y á su amado de los rayos del sol y de las miradas de los hombres.

. . . . . .

Los pescadores habían vuelto á entonar sus canciones y á emprender sus faenas. En cuanto al anciano Lancia, sostenido por una fuerza sobrenatural, se había llevado el cadáver de su hijo y colocándole en su lecho como si estuviese dormido, había cerrado con llave la puerta de su habitación y se había ido á sentar al muelle sin derramar una lágrima, sin prorrumpir en una queja. Al ver á aquel hombre tan grave, tan silencioso y tan impasible, se le hubiera tenido

por demente, ó que una voz interior le exhortaba en el fondo de su alma á que confiara en Dios y esperase.

Nápoles gozaba pues de una paz profunda. Nadie se atrevía ya á atacar á un pueblo cuyo rey, lejos de esperar la guerra en sus estados, la llevaba á otros, siempre con victorias. La ambición de Ladislao no tenía límites. Su nombre, glorioso y temido en el exterior, cubría con su esplendor los ignominiosos misterios de su corte; las conquistas del hermano cubrían las locuras de la hermana; el cieno desaparecía debajo de la sangre.

Ladislao había concluído con la rebelión de Hungría, en una edad en que apenas debía poder blandir una lanza; dos veces había derrotado á Luis de Anjou, otras dos á los Florentinos, y tres al papa, lo que, entre paréntesis, le había valido tres excomuniones. Era dueño de Faenza, Forli, Verona, Sienna y Arrezzo, y en la época á que nos referimos tenía tanta confianza en sí mismo y era tan desmedido en su orgullo, que había hecho bordar en su manto real estas palabras:

AUT CŒSAR AUT NIHIL

Ó EMPERADOR Ó NADA

Después de la conquista de Toscana, sus bélicos pensamientos debían ser más vastos, y aun había anunciado varias veces, en medio de sus conquistas, que pensaba volver por algún tiempo á su reino á fin de entregarse al descanso y al reposo, para después volver con más bríos á conquistar laureles; pero esto no era probable y lo más cierto era que seguiría con

sus victorias no interrumpiendo el curso de sus triunfos.

Así es que la verdadera reina era Juana Duras, y el verdadero rey Pandolfello Alopo. ¿Qué podían temer? ¿Qué podían desear? Y, sin embargo, ¡cuán terrible es el encadenamiento del crimen y la lógica infernal de las pasiones!... Aquel hombre, cuya culpable felicidad no turbaba nadie, acumulaba no obstante asesinato sobre asesinato, traición sobre traición y perjurios sobre perjurios, y vivía rodeado de sicarios, de espías y de envenenadores.

Aquella mujer amada de su hermano y adorada por el pueblo, hermosa sobre hermosas y poderosa sobre las poderosas, pasaba sus días en perpetua zozobra, no cerraba sus ojos sino para abrirlos sobresaltada, y no miraba á su amado sin temer por su cabeza.

Como hemos dicho, Pandolfello se hallaba sumido en un profundo sueño y soñaba las más placenteras imágenes, cuando Juana Duras, que se hallaba mirando hacia el golfo, vió un navío en el horizonte. La regente se estremeció vivamente y despertó á su amado en el instante.

— Pandolfello, una vela por la parte Caprea.

— Y ¿para eso me despiertas, mi hermosa soberana?

— ¡Tiemblo! ¡ah! si fuera alguna escuadra enemiga.

— ¡Deliras, Juana! ¿qué enemigo se atreverá á atravesar nuestro golfo, mientras que ondee en este palacio la bandera de Ladislao? Además, no hay porque temer, tenéis mis valientes defensores, mi brazo y mi espada.

— Yo no sé, pero no puedo desechar un vago terror que me acomete y un siniestro presentimiento que me dice hallarse ya decidida nuestra suerte en este

momento. Veis, veis, dos, tres, cuatro galeras... ¡ oh ! Pandolfello, sacadme de esta inquietud.

— En efecto, dijo el joven, apoyándose en la barandilla de la azotea; pero tranquilizaos, probablemente será el anuncio de una nueva victoria, ó que el rey, vuestro augusto hermano, tal vez necesite nuevos recursos para extender su dominación más allá de la Toscana, y esa escuadra que vemos será la destinada á transportar las tropas desde Nápoles á Liorna. Empero sobre todo, hermosa princesa, ahora lo sabremos de positivo. ¡ Hola ! añadió dando tres palmadas.

Al punto dos pajes aparecieron respetuosamente para tomar sus órdenes

— Que vayan inmediatamente á averiguar qué noticias nos traen esos navíos que navegan á toda vela por el golfo.

Empero de repente Juana quedó inmóvil, abrió los párpados extraordinariamente, un frío mortal corrió por todos sus miembros y exclamó juntando las manos.

— ¡ Dios mío !... ¡ el pabellón de mi hermano es el que ondea en el primer bajel !

Pandolfello se puso pálido cual un criminal á la vista del cadalso. Su conciencia cargada de crímenes le presentaba aquel regreso como un castigo aterrador. Mas la reflexión le hizo esperar bien pronto que el monarca, absorto como siempre en sus proyectos de conquista, no daría crédito ni audiencia á las quejas, ni se pondría á castigar delitos. El favorito dominó su turbación y ofreciendo la mano á la regente para entrar en el salon, la dijo con aire tranquilo :

— Y bien ¿ qué hay que temer, señora ? Es preciso que en el instante se prepare una fiesta real y espléndida, y como soy chambelán, á mí es á quien concierne

su dirección, y voy á dar mis órdenes para que el recibimiento sea digno del vencedor de Italia.

Y aplicando respetuosamente sus labios á la mano de la princesa, salió á disponer la fiesta del recibimiento, con esa pompa que hace adormecer al rey y aplacar al pueblo.

Entretanto todas las clases del pueblo, marineros, pescadores, soldados y lazzaronis, se reunían tumultuosamente en el muelle á presenciar el desembarco.

Formábanse en el muelle animados y numerosos grupos.

El gran senescal marchaba al galope, extendiendo la tropa en dos hileras, desde el desembarcadero hasta el palacio.

Todos se maravillaban de que ni Juana, ni Pandolfello, cuya previsión y astucia harto fueran conocidas, y que tenían un ejército de agentes y de espías, no hubieran tenido la menor noticia de este regreso tan repentino.

Era indudable que lo que menos se esperaba era al rey. La turbación de los cortesanos, la sorpresa de los empleados de palacio que llegaban desalentados y en desorden, y la confusión que reinaba por todas partes, era una prueba inequívoca de que á Ladislao no lo aguardaban.

Mientras que el populacho acudía en masa al muelle, un solo hombre permanecía extraño al movimiento, y este hombre era Giordano Lancia.

El mutilado anciano, sentado en la arena, al sol, con la cabeza inclinada sobre las rodillas, pensaba en sus dos hijos, uno tendido sobre su cama, con el pecho atravesado por un estoque, y el otro encerrado en los calabozos de Castel-Novo.

En este estado permanecía, cuando sintió que le toca-

ban en la espalda. El pobre anciano levantó la cabeza y vió á su lado un hombre en pie y enmascarado, que le miraba á través de su careta. El anciano fijó los ojos en aquel hombre por espacio de cinco minutos, como si hubiera querido preguntarle con qué derecho lo sacaba de sus cavilaciones y de sus dolorosos pensamientos; pero viendo que el hombre misterioso permanecía callado, volvió otra vez á agobiarse y á quedar sumido en sus fúnebres pensamientos.

— ¡ Lancia!... dijo el desconocido bajándose hasta el oído del soldado.

— ¿ Qué quieres ? respondió el inválido sin variar de posición.

— Despierta, Lancia.

— No duermo : lloro.

— No es tiempo de llorar.

— Las lágrimas son el consuelo de los impotentes.

— La hora de la venganza ha sonado.

— ¡ Venganza !... murmuró el veterano, sin mudar de actitud: ya no tengo brazos... ya no tengo hijos...

— Aun tienes uno.

— ¡ Oh ! lo matarán también.

— Aun vive.

— Pero le harán sufrir el tormento para que confiese. Pobre Peppino, ¿ tendrás valor para no mentir ? ¿ para no deshonrarme ?... ¡ Monstruos !

— Consuélate, Lancia, porque tu hijo ha sufrido como un héroe, y su constancia ha cansado el brazo del verdugo.

— ¿ Qué .. qué. . qué es lo que dices ? exclamó el mutilado anciano, poniéndose de pie con una expresión de gozo indefinible. ¿ Cómo has podido tú saber eso? Dilo pronto, por piedad.

— Te digo que esta noche se ha atormentado largo

tiempo á tu hijo, para que declarara á sus cómplices y comprometer por este medio á muchos infelices é inocentes.

— ¡ Infames !

— He sido testigo del suplicio y del valor de tu hijo, á quien no se ha podido arrancar una sola palabra de debilidad y de súplica.

— ¡ Oh ¡ ! Dios mío ! ¡ bendito seáis !

— Cuando concluyó la tortura, se me acercó y con voz firme me dijo : « En nombre de la divina misericordia, que desciende sobre todo mortal, por muy culpable que sea, buscad á mi padre, si el dolor no le ha muerto, decidle lo que acabáis de presenciar. Yo rogaré por vuestra alma. »

— ¡ Dios mío ! vuélveme á mi hijo, ó dudo de tu poder.

— No blasfemes, anciano.

— ¡ Oh ! no hay Providencia.

— ¡ Calla !

— ¡ No hay justicia!

— Mira á tu rededor.

— ¿ Qué es esto? ¿ qué confusión es esta?

— Es el pueblo que corre á recibir á su rey.

— ¡ Á su rey!.. y ¿ qué me importa?.....

— Viene expresamente á vengarte.

— Llévame, llévame ante él, porque yo ya no puedo dar un paso ; el dolor ha acabado de arrancarme la poca vida que me quedaba.

— No puedo, Lancia.

— ¿ Y por qué?

— Porque mi presencia es fatídica en donde se halla.

— ¿Pues quien eres?

— El verdugo.

Al decir estas palabras, el hombre de la máscara desapareció como por encanto y el infortunado padre, no pudiendo dar un paso á pesar de todos sus esfuerzos, levantó sus mutilados brazos hacia el rey, y en el momento de pasar ante él, recogiendo todas sus fuerzas y el raquítico aliento que aun restaba en sus pulmones, gritó con voz desesperante:

— ¡ Á mí, Ladislao! ¡ perdón! ¡ justicia!

— ¿ Quién es ese hombre que me llama por mi nombre? preguntó el monarca, encaminándose hacia el inválido veterano.

— Señor, es un soldado que os pide justicia.

Y el pobre anciano cayó de rodillas á los pies del rey.

— ¿ Como te llamas?

— Giordano Lancia.

— ¡ Lancia! ese es el nombre de un valiente y no es la vez primera que llega á mis oídos.

— He servido cincuenta años, monseñor; he tomado parte en todas las campañas que han dado renombre al país, y he sido testigo de todos los crímenes que han ensangrentado al reino.

— En cuanto á las victorias, pásalas en silencio, me son muy conocidas y no puedo olvidarlas; además, aunque quisiera no podría, pues me rodean muchos aduladores que me las recuerdan sin cesar. ¿ Cuáles son esos crímenes impunes que has presenciado? ¿ Dí?

— ¿ Puedo hablar con libertad?

— ¡ Voto al papa! ya puedes ir diciendo, si no quieres arrepentirte de haber comenzado.

— He visto, monseñor, asesinar á Tommasso, conde de Monte-Scaglioso; á Wenceslao, conde de Amalfi; á Hugo, conde de Potenzza; á Luis, conde de Melitto; á Enrique, conde de Terra-Nova; á Gaspar, conde de Mattera; á.....

— Basta... ¿ Qué quieres, anciano, con esa numerosa y terrible lista de víctimas? ¿ Te han encargado los muertos de reclamar su venganza?

— ¿ Y qué me importan á mí todos los San-Severinos degollados en un foso y arrojados después á los perros de palacio? ¿ Qué me importan á mí todos los nobles, cuyas cabezas han rodado en el cadalso? ¿ Qué me importa tanta sangre derramada? Lo que me importa, es que me han muerto á un hijo y á otro le han dado tormento. ¿ Lo oyes, Ladislao? Y esto por orden de Pandolfello Alopo, y con anuencia y permiso de tu hermana. Estas son mis quejas: estos son los crímenes que quiero sean vengados.

— Cuidado, anciano, ten presente lo que dices... replicó el rey, con acento terrible: mira que estás acusando á mi hermana Juana, y al primer dignatario del reino... y desgraciado de ti, anciano, si no tienes pruebas para sostener tu acusación.

— ¡ Pruebas!... harto público es en Nápoles, que Pandolfello es más rey que tú mismo y... ¿ no ha sido ese miserable expósito el que me ha derribado por el lodo, cuando por mi causa ha llegado á ser quien es? ¿ No se ha sacado entre las redes y en medio de la pesca el cadaver de mi hijo Lorenzo? ¡ Pruebas! ¡ pruebas! haz abrir las puertas de la prisión, y verás, si es que no lo han muerto, á mi pobre hijo... á mi última, á mi única esperanza, con los pies sujetos por los grillos, los brazos cargados de hierro, y todos sus miembros descoyuntados por la tortura, y.....

— Bien, anciano, todo eso no son más que presunciones tuyas, dijo el rey con aire glacial, y nada

prueba evidentemente que Pandolfello Alopo sea culpable del asesinato de tu hijo.

Y después, volviéndose á su corte, que parecía aturdida de la audacia del viejo esqueleto, añadió Ladislao.

— Que se apoderen de ese hombre, y que se le prodiguen los mayores cuidados; y nosotros, señores, á Castel-Novo.

CAPÍTULO V

El suplicio

En cuanto llegó á Palacio Ladislao, se encerró en su cámara con cinco ó seis de sus más adictos. El gran chambelán solicitó besarle la mano: Ladislao mandó se le contestase por medio del conde Avelino, que no vería á nadie antes que á la regente, y que ésta no fuera á verlo hasta que el rey lo mandara.

Este contratiempo, unido á la narración que acababan de hacerle de lo que había dicho el veterano, no era el más á propósito para calmar la inquietud del favorito. Empero tranquilizóse no obstante, pensando que en último caso nadie podría convencerlo de culpable ante el monarca, pues para ello había tomado de antemano todas sus medidas, por las cuales desaparecía hasta la menor huella de sus crímenes.

Tratábase cuando más de una desgracia momentánea y pasajera; pero Pandolfello contaba con la pasión de Juana Duras y no temía nada. En consecuencia, participó la orden del rey á la princesa, diciéndola que Ladislao no quería verla sino hasta estar de rigorosa etiqueta y con todo el respeto que tan poderosa señora se merecía, y que tenía que contener su inmenso amor fraternal ante las reglas de la corte.

Juana, cual todas las personas dotadas de una imaginación viva, pasaba fácilmente del temor á la espe-

ranza; creyó sinceramente las palabras de su amado y quiso presentarse á los ojos del rey con todas sus ventajas y borrar hasta las menores sospechas que contra ella pudieran haberse suscitado, ó contra su apasionado consejero.

Cuando llegó la noche y el palacio de Castel-Novo resplandecía por las luces que estaban encendidas en sus galerías y salones, el conde Avelino hizo saber á la regente y á los grandes siete dignatarios de la corona, que el rey los aguardaba.

Entonces abriéronse las puertas de la gran cámara de Ladislao, y en el frente en que siempre se había colocado el lecho real, vióse un estrado entapizado con terciopelo negro, sobre el cual había dos hombres de pie, totalmente cubiertos con sus armaduras, cual si fuesen dos fatasmas vengadores.

Juana retrocedió tres pasos, llena de pavor á tal espectáculo. Pálida y temblorosa se volvió hacia su hermano y le interrogó qué significaban aquellos dos extraños personajes.

— Son los jueces, señora, contestó secamente el rey. Sentaos, princesa, aquí á mi derecha y sentaos vosotros también, señores, y prestad atención á lo que va aquí á pasar.

Los grandes dignatarios y los nobles tomaron asiento. Ladislao continuó:

— Que traigan al acusador.

Entonces cuatro escuderos llevaron á la real cámara al anciano Lancia, sentado en una poltrona, y luego que lo pusieron á la izquierda del estrado, se retiraron.

— Giordano Lancia, dijo el rey, puedes hablar sin temor y sin consideraciones á nadie.

El anciano entonces lanzó á Pandolfello una mirada

de un furor inexplicable y pronunció con la mayor calma estas palabras, que cada una fué un dardo envenenado que se fué clavando en el corazón amante de Juana Duras:

— Acuso al conde Pandolfello Alopo, primer dignatario de la corona y gran chambelán de palacio, de haberme vilmente maltratado, pisoteándome con su caballo. Le acuso de haber asesinado á mi hijo Lorenzo, y de haberle arrojado al mar. Le acuso de haber ordenado que dieran tormento á mi hijo Peppino, para obligarle á denunciar inocentes de los que quería deshacerse.

— ¿ Qué respondéis vos, Pandolfello ? dijo el rey, volviéndose hacia al amante de su hermana.

— Ese hombre está demente, contestó el favorito con una sonrisa de desprecio.

— ¿ Negáis, no es así ?

— No solamente lo niego, señor, sino que me asombro de que pueda creérseme capaz de cometer tales crímenes.

— Que se pesenten los testigos, continuó Ladislao, con la mayor calma y frialdad.

Entonces pasó en Castel-Novo un drama horroroso. Peppino, más bien arrastrado que conducido por los soldados, entró en la cámara real, sosteniéndose á penas sobre sus rodillas. El pobre niño, destrozado por la tortura, dejaba ver en todo su cuerpo las señales de sus padecimientos. Empero en su rostro pálido y resignado advertíase un valor heróico y una noble firmeza, y cuando llegó ante el rey, lanzó sobre su padre una mirada inexplicable de amor y de ternura. Después quiso hablar, pero un temblor convulsivo agitó sus labios y rodó cadáver al pie del trono del rey.

— ¡ Ah ! dijo para sí Pandolfello, no me han desobedecido y han llevado á cabo mis órdenes.

— ¡ Ah ! pobre hijo mío, ¡ lo han envenenado ! gritó el anciano, cayendo en su poltrona sin movimiento y sin voz.

— ¿ Qué tenéis que decir, Pandolfello ? exclamó el rey, con la misma impasibilidad.

— Monseñor, soy inocente; ninguna parte he tenido en la muerte de ese joven; el terror le ha privado de la vida, y harto público es que trató de asesinarme á vista de todo el mundo, y yo le he perdonado.

— ¡ Perdonado ! ¿ y con qué derecho ? Solo el rey es el que lo tiene, señor mío, contestó el monarca, con voz terrible.

— Perdonad, monseñor... sólo he querido decir que intercedí en favor del culpable con vuestra noble hermana, que era la regente del reino en vuestra ausencia.

— ¿ Es eso verdad, Juana ?

— Así es, mi querido hermano. Pandolfello es un vasallo digno y leal, y no hay datos que comprueben esos crímenes que le imputan sus enemigos.

— En efecto, nada lo prueba, continuó Ladislao con lentitud; empero como quiera que existen presunciones graves contra el acusado, se le va inmediatamente á aplicar el tormento.

— ¿ Á mí, monseñor ? gritó el gran chambelán indignado. Soy conde y barón, soy el primer dignatario de la corona, y sólo debo ser juzgado por los nobles mis iguales.

—Mientes, miserable, mientes ante tu rey, que es el que te juzga, gritó indignado Ladislao. Tú no eres más que un miserable expósito, un mozo de cuadra, que ha abusado de mi favor y ha cometido los crímenes más odiosos. Ahora veremos si tienes esa misma desfachatez : que entren los verdugos.

Éstos entraron en la cámara.

Pandolfello palideció ligeramente, y Juana, juntando sus manos, exclamó con suplicante voz;

— ¡ Oh ! monseñor, esto es espantoso; perdonadle y tened compasión de mí, pues no podré jamás soportar un espectáculo tan horrible.

— Habéis sido reina de Nápoles, como regente, durante mi ausencia y voy á enseñaros como un rey debe administrar justicia, sin parcialidad y sin debilidad, hermana mía.

En el momento colocaron en el techo una polea, las muñecas del favorito fueron apretadamente amarradas á sus espaldas y lanzó un grito doloroso. Por medio de una cuerda, se le suspendió á seis pies del suelo ; sin embargo, sufrió aquella primera prueba ordinaria con valor, y respondió con firmeza :

— Soy inocente.

Bajáronlo de allí, y luego, á una nueva señal de Ladislao, los dos verdugos levantaron al infeliz hasta el techo, y soltándolo de repente, lo dejaron caer desde la altura de tres varas.

Por tres veces repitióse esta dolorosa operación y otras tantas contestó Pandolfello con voz ahogada :

— Soy inocente.

En seguida, lo extendieron sobre un caballete, y los atormentadores ataron á sus pies y manos enormes pesas de hierro. Crugieron los huesos del paciente, dislocáronse sus articulaciones y brotaron sangre en abundancia.

— ¡ Perdón ! ¡ perdón ! gritó el atormentado, perdón, monseñor, soy inocente.

Suspendiéronse los tormentos y el acusado no había confesado nada.

— ¿ Es culpable ? preguntó el rey á los dos jueces cubiertos con sus armaduras de pies á cabeza.

— No, respondieron con voz cavernosa.

Pandolfello respiró, y un rayo de esperanza brilló en la frente de Juana, pues creyó que su amante se había salvado.

— ¡ Y bien ! dijo Ladislao, ¿ no hay nadie que quiera deponer contra el acusado ?

— Nadie, contestó el auditorio.

— Pues entonces, seré yo quien desempeñe este oficio.

Y todos los circunstantes miraron aterrorizados al monarca, porque aquel original proceso empezaba á tomar las proporciones de una revelación fantástica y sobrenatural.

— Respóndeme, Pandolfello Alopo. ¿ Dónde estabas en la noche del 25 de julio ?

— En una casita de Chiatamon.

— Mientes; estabas en una barca en alta mar.

Pandolfello miró al rey como asustado.

Ladislao continuó serenamente su interrogatorio :

— ¿ Á quién encontraste en tu paseo marítimo y nocturno ?

— Á nadie, contestó el joven, desconcertándose por momentos.

— Mientes; encontraste á un anciano que te salió al encuentro en una barca conducida por dos remeros: el anciano se llamaba Galvano Pedicini.

— ¡ Todo lo sabe ! pensó aterrado el favorito.

— ¿ Qué dijiste á Galvano Pedicini ?

— Nada, monseñor, cosas indiferentes.

— Mientes, le pagaste para que me asesinase.

Un grito de horror resonó en la cámara.

— Eso es falso, monseñor balbuceó el acusado temblándole todos sus miembros. Galvano ha mentido... me ha calumniado.

— ¡ Traidor y cobarde ! gritó el monarca, con tonante voz, he ahí tu bolsa, y se la arrojó á la cara ; he ahí á los dos remeros de la barca del anciano, y señaló á los dos jueces... Galvano era yo.

El infortunado Pandolfello cayó boca abajo anonadado por aquellas terribles palabras.

— ¿ Es culpable ? preguntó nuevamente el rey.

— Sí, respondieron todos á un tiempo.

La princesa se había desmayado.

Entonces el rey se levantó, y pronunció la siguiente sentencia contra Pandolfello :

— Yo, Ladislao I, rey de Hungría, de Jerusalem y de Sicilia, declaro á Pandolfello Alopo reo de lesamajestad; mando que se le ponga en la frente un cartel infame, que se le coloque atado en una carreta y se le pasee por todas las calles de Nápoles; que los verdugos le arranquen las carnes con tenazas encendidas ; que se le arrastre por encima de navajas y que se le arroje en una hoguera de leña verde, para que se queme lentamente, hasta que muera.

Aquella horrorosa sentencia se ejecutó al pie de la letra, al siguiente día de la noche en que tuvo lugar el proceso, tan original en sus formas como en la hora.

Después del suplicio, el pueblo se abalanzó á la hoguera y se apoderó de los huesos de Pandolfello, para hacer silvatos y puños para látigos.

Un hombre había asistido á aquella espantosa escena, elevado penosamente sobre el parapeto del puente y sostenido por un grupo de pescadores. Con la vista fija, la boca abierta y el pecho palpitante, no perdió ni

uno solo de los pormenores de tan horrible ejecución.

Este individuo era Giordano Lancia. Cuando concluyó todo, el pobre anciano, cuya razón había recibido tan duros golpes, aprovechó un momento en que nadie fijaba la atención en él, y se arrojó al mar riéndose y gritando al mismo tiempo:

— Amigos míos, echad las redes y venid á pescarme á mí también.

Cuando lo sacaron del agua los pescadores, ya su martirizada alma había volado á reunirse con las de sus infortunados hijos.

FIN

ÍNDICE.

Capítulo I. El féretro del rey. — Insultos del populacho. — Los tres poderes — Mad. de Maintenon. — Los príncipes legítimos. — El duque de Orleáns. — Retrato del duque y de la duquesa de Maine — Retrato del conde de Tolosa. — Retrato de Felipe II de Orleáns. — La duquesa de Orleáns. — Infantes nacidos de este casamiento. — Bastardos del duque de Orleáns. — Vuelta á los acontecimientos de la época 5

— II. Los salones del duque de Orleáns durante los tres últimos días de la enfermedad de Luis XIV. — El príncipe de Conti. — Su mujer, la señorita de Condé — Su madre, la señorita de Blois. — M. de Conti en la Ópera, — M. de Conti en casa de Moribal. — M. de Conti en casa del duque de Orleáns. — Preparativos del duque de Orleáns para la sesión del parlamento. — Lord Stairs, anécdota. — Sesión del 2 de septiembre. — Primer discurso del rey Luis XV. — Funerales á la memoria de Luis XIV en el extranjero. — Respuesta del duque de Orleáns á M. de Argenson. 18

— III. El regente y su familia. — La duquesa de Berry. — Mlle. de Chartres. — Mlle. de Valois. — Luis de Orleáns, duque de Chartres. — Las jóvenes princesas 32